

LA PLANIFICACIÓN AL BORDE DE UN ATAQUE DE NERVIOS¹

*"Ya que no podemos cambiar el país,
cambiamos de conversación" (J. Joyce)*

Los debates en torno de la llamada "crisis de la planificación" se han repetido a lo largo de la década de los 80's y principios de la actual mientras los márgenes de dicha actividad se estrechaban aceleradamente en toda América Latina. Al influjo de los procesos de reformas en los países de Europa del este y la U.R.S.S., del auge liberal desregulador y privatista y de la misma crisis económica mundial, los interesados en la planificación parecen haberse ido refugiando en discursos cada vez más adaptados a la marcha de los acontecimientos, rememorando las palabras de Joyce.

En este artículo nos interesa mostrar, más allá de las posiciones encontradas que se sostienen al debatir el tema, la forma de conocimiento en la que se sustentan y la implicancia que tiene en la actividad planificadora.

Para ello, en un primer paso, acompañaremos las reflexiones de algunos autores que sostienen la necesidad de la planificación en sociedades capitalistas, a efectos de ver adónde los lleva su forma de conocer. En ese desarrollo, veremos también si esa manera de encarar el problema es específica de los planificadores o, por el contrario, es propia del pensamiento científico actual.

Después, con mayor brevedad, nos preguntaremos por los que se oponen a esa planificación, ya sea porque la encuentran incompatible con el funcionamiento del sistema social, o porque consideran antinatural maniatar las "fuerzas" de mercado, para observar si utilizan el mismo camino y se enfrentan a iguales interrogantes. Finalmente, algunas palabras sobre lo que hemos hecho y las conclusiones alcanzadas.

I. Sobre la planificación en sociedades capitalistas.

a) Algunas reflexiones ejemplares.

Dado que existe una abundante literatura sobre el tema, la selección de textos estuvo guiada por el criterio de que fueran trabajos que sirvieran como ilustración genérica de lo que queríamos mostrar y donde, por lo tanto, los señalamientos valieran en tanto que expresiones particulares de una forma general del conocimiento científico actual. En ese sentido, nos pareció suficientemente representativa la Revista de la CEPAL n° 31 de abril de 1987, que estuvo dedicada en su totalidad al tema del estado y la planificación. De ella elegimos los artículos: "Estado, procesos de decisión y planificación en América Latina"²; "La planificación en economías mixtas de mercado y los paradigmas del desarrollo: problemas y perspectivas"³ y "Planificación y gobierno"⁴. Veamos, en una primera síntesis, cómo encaran el problema.

Nuestro autor n°1 sostiene que la planificación que predominó en América Latina desde la década de los 60's ha sido "*inoperante en la práctica*", a la inversa de otros "*casos concretos de procesos de*

¹ Revista Interamericana de Planificación, SIAP, Vol XXIV, n° 94, abril-junio de 1991.

² Carlos A. de Mattos (en adelante nuestro autor n°1).

³ René Villarreal (en adelante nuestro autor n°2).

⁴ Carlos Matus (en adelante nuestro autor n°3).

ejecución...de secuencias de políticas públicas de corto, mediano y largo plazo" que tuvieron *"relativo éxito"* (cita las experiencias del PRI en México, el vargismo en Brasil y el batllismo en Uruguay) y que *"presentaron los atributos básicos de lo que podemos entender por planificación"*[120;2]⁵. No reside, por lo tanto, en la planificación misma el problema sino en la manera en que se la lleva adelante. Caracteriza las modalidades de la planificación tradicional (cuyos principales rasgos serían el *"voluntarismo utópico"*, el *"reduccionismo economicista"* y el *"mercado formalismo en los procedimientos"*) y termina proponiendo una actividad sustentada básicamente en la planificación estratégica -concentrar los esfuerzos en los aspectos fundamentales del proyecto político en curso.

Nuestro autor n°2 encuentra que la práctica planificadora en la región ha sido positiva hasta inicios de los 80's, década en la que fue dejando de cumplir las expectativas puestas en ella. Problemas técnicos, políticos e ideológicos impidieron su actualización frente a las nuevas realidades. Reseña sus fallas, propone *"lineamientos de solución"* a cada una de ellas y hace hincapié en la necesidad de un nuevo paradigma económico, habida cuenta de la crisis de los existentes.

Por último, nuestro autor n°3 encuentra en América Latina *"métodos de planificación primitivos, rígidos e impotentes para servir a los gobiernos"*[165;2], cualquiera sea el sustento ideológico de los mismos. Propone el camino de la *"planificación de situaciones"*, insiste en la necesidad de valorizar las ciencias y técnicas de gobierno y concluye que *"sólo el rescate profundo de la conciencia de la gran política en las capas dirigentes de la sociedad puede resolver este problema"*[177;2].

Brevemente, podríamos señalar los que parecen ser los acuerdos y desacuerdos más relevantes de las tres exposiciones: i) se puede planificar con relativo éxito en sociedades capitalistas. En este caso, nuestro autor n°3 hace referencia a la planificación en general, más allá de la ideología de los gobiernos; ii) hay una real "crisis de planificación". Mientras que nuestros autores n°1 y n°3 le reconocen una prolongada ineficacia, el autor n°2, coincidente con los documentos del ILPES, la destaca para la década de 1980; iii) la razón de esta "crisis" la encuentran en los magros resultados de la planificación. Aquí los tres autores presentan diferencias acerca de cuándo esa práctica es errónea, y de ahí que las propuestas pongan énfasis en distintos aspectos; y iv) hay propuestas para salir de la "crisis".

b) Qué discuten y una pregunta sin responder.

Presentado de esta manera el problema, los ejes de la discusión tienden a ser, por un lado, las características de los hechos que se presentan en la realidad y, por otro, el tipo de propuestas. Sin embargo, hay una pregunta que vale la pena hacerse: ¿de qué depende que existan esos hechos tal como se los encuentra? y también ¿de qué depende que existan estas y aquellas propuestas, e incluso que se concreten? (Como veremos más adelante, esta forma de plantearse el problema abre un curso conflictivo).

Es decir, en lugar de andar buscando la experiencia histórica ejemplificadora para saber si se puede o no planificar en sociedades capitalistas, por qué no tomar cualquier caso concreto y preguntarse: ¿de qué depende que haya planificación en esta sociedad?, ¿qué hace que en este país su gobierno planifique bien, o mal? Obsérvese que ya no discutimos en general si se puede o no planificar, sino que -entendiendo que hay motivos para que un gobierno planifique o no, para que lo haga bien o mal- nos preguntamos por las razones que hacen que sea de la manera que es. En ese sentido, a cualquiera de las experiencias citadas por nuestros autores, suponiendo que fueron como ellos dicen, cabría preguntarles, entonces: ¿por qué se hicieron así?

En el caso de los argumentos a favor de una u otra modalidad de planificación, el debate suele girar alrededor de si una forma determinada de hacerlo es buena o mala. Sin entrar aún a discutir si lo es o no, nosotros preguntamos: ¿de qué depende que se lo haga de una u otra manera? En términos de las propuestas de nuestros autores: ¿hay alguna razón por la cual el planificador es *voluntarista*, o *realista*? (autor n°1); ¿hay

⁵. Los números entre corchetes corresponden a la página y columna de la citada publicación.

alguna razón por la cual *los paradigmas* de las últimas décadas *están en crisis*? ¿hay alguna por la cual se adoptaría un nuevo paradigma? (autor nº2); ¿hay alguna razón por la cual se vienen utilizando *métodos primitivos de planificación*? ¿hay alguna por la cual se emplearía *la planificación de situaciones*? (autor nº3).

En cuanto a las propuestas, aceptando que sean promisorias, nosotros insistimos: ¿de qué depende que se implementen? Alguna razón habrá por la cual hoy contamos con una planificación en crisis, ¿habrá alguna por la cual dejará de estarlo? Y esto nos lleva a un interrogante más general: ¿tiene sentido, sin haberse contestado todavía por la razón de las cosas que tenemos adelante, hacer propuestas para actuar sobre ellas?

c) ¿Se preguntan por qué?

Veamos qué importancia les merece a nuestros autores este tipo de pregunta. El nº1 no escapa a la herencia de su formación y cada tanto, confusamente, busca la razón de las cosas. Por ejemplo, frente a la realidad que él percibe -que la planificación tradicional no ha obtenido resultados- se pregunta por *"las razones del fracaso"*, aunque inmediatamente lo que hace es *"caracterizar y analizar la modalidad de planificación que estuvo en boga en la mayor parte de los países latinoamericanos"*[120;1] (A nadie se le escapa que el *"voluntarismo utópico"* que él encuentra, entre otras modalidades, no es una *"razón del fracaso"*; apenas una de las formas en que ese fracaso se concreta). No obstante, trata de dar cuenta de ese rasgo de voluntarismo, al afirmar que es *"consecuencia del hecho de que los planificadores tendieron a anteponer su ideología a la del grupo social que tenía el control efectivo de los procesos de toma de decisiones"*[121;1]. Y acá nuestro autor nº1 ha iniciado un viaje sin fin. Buscando una respuesta -¿por qué el voluntarismo?- no sólo no lo ha conseguido sino que ha abierto nuevos interrogantes. Ahora no puede menos que contestar por qué *"los planificadores tendieron a anteponer..."*. Y llevándonos de Herodes a Pilatos, nos dice: *"Tal orientación...respondió al modelo normativo...que, habiendo sido esbozado originalmente por la CEPAL, fue adoptado e impulsado posteriormente por la Carta de Punta del Este"*[121;1]. Obligándose a nuevas respuestas: ¿por qué se adoptó ese modelo normativo?, ¿por qué la CEPAL lo esbozó?, ¿por qué fue impulsado...? etc. A esta altura de su viaje, nuestro autor nº1 ya no cree que deba seguir contestando pero nos ha dejado sin explicar el por qué del voluntarismo. Y si hubiera más respuestas de ese tenor, éstas, a su vez, deberían ser contestadas, y así sucesivamente. Un verdadero problema se le crearía si afirmara, por ejemplo, que la CEPAL y los que firmaron la Carta de Punta del Este eran voluntaristas, con lo que el voluntarismo se explicaría...por el voluntarismo. Por eso, con el riesgo de encontrarse con una secuencia infinita de relaciones de causa efecto -y aún con razonamientos circulares-, bien hace nuestro autor nº1 en detenerse en donde le place. *"Christoph trug Christum,/Christus trug die ganze Welt/Sag, wo hat Christoph/Damals hin den Fuss gestellt?"*⁶.

En el artículo de nuestro autor nº2 apenas se plantea la pregunta. Cuando habla de los distintos paradigmas caídos en desgracia, abunda en pretendidas explicaciones del tipo: *"su marco limitado y el irrealismo de sus supuestos impidieron..."*, *"no pudo incorporar plenamente..."*, *"se debe fundamentalmente a las limitaciones de...y a la incapacidad de..."*, *"se agotó al no poder responder..."*, o *"no alcanzó a desarrollar..."*[52], etc. y se queda tan satisfecho. No se pregunta por qué no se pudieron tantas cosas ni por qué ahora sí se podría.

Lo interesante es que al no preguntarse el por qué de la realidad que encuentra, sus propuestas terminan siendo totalmente abstractas. Detengámonos, como ejemplo, sólo en una de las *"fallas"* que le encuentra a la planificación actual: *"Los factores vinculados a la estructura ideológica casi siempre han sido considerados exógenos en la planificación.*(L.L.D.: Vaya uno a saber por qué; lo que no le impide proponer:) *En la actualidad, sin embargo, el primer paso en el diseño de un plan que se espera que guíe las acciones*

⁶. Literalmente: "Cristobal llevaba a Cristo, Cristo sustentaba el mundo entero. Decidme entonces: ¿dónde apoyaba sus pies Cristobal?". Sigmund Freud. *Psicología de las masas*. Alianza Editorial, Madrid. 1974. pág.28. Cabe señalarse que este autor se lo preguntaba, pero tampoco pudo resolver dónde apoyaba sus pies Cristobal.

gubernamentales a lo largo de varias administraciones exige un acuerdo básico a nivel ideológico: un proyecto nacional"[56]. ¿Por qué no lo hubo hasta ahora? ¿Y por qué habría de existir en adelante? No nos lo dice. El apéndice final de su artículo, es una verdadera antología de este método de las recetas ante cada inconveniente que aparece: *¿"perspectiva fragmentada"?, ¿"planificación a tres niveles..."; ¿"conjunto dado y limitado de instrumentos"?, ¿"desarrollo de nuevos instrumentos..."; ¿"reducida capacidad de instrumentación"?, ¿"énfasis en la forma de planificación respecto a instrumentos..."*[57], etc., etc. Sus propuestas son sólo hueras intenciones.

Por último, nuestro autor nº3 ni retóricamente intenta preguntarse por qué los hechos que él encuentra en la realidad son así. Toda su energía se concentra en señalar lo que debe-ser y, de ahí, lo que hay-que-hacer. Lejos está de aquella etapa althusseriana de búsqueda de "Planificación de situaciones".⁷ Hoy sólo resta crear "conciencia...(L.L.D.: en la postmodernidad la conciencia mantiene más que nunca su vuelo propio)...en las capas dirigentes de la sociedad" para resolver los problemas nacionales.

d) Cómo conocen y adónde los lleva.

Llegado a este punto, es válido mirar el lugar que le dan nuestros autores a este tipo de pregunta que hemos introducido en las reflexiones sobre "la crisis de la planificación". Avancemos un poco más en lo que encierra este cuestionamiento y sus implicancias.

En términos de la planificación tradicional, el interrogante parece corresponder a la etapa de diagnóstico. El papel que se le asigna a éste es el de dar cuenta de la realidad, además de reconocerse en general su importancia para poder elaborar políticas. Y en esto parecen coincidir nuestros autores.

¿Pero en qué consiste ese conocer, tan necesario para la acción? Reconstruyamos el razonamiento de nuestros autores, aun cuando no lo expliciten en su totalidad. ¿Consiste en registrar los fenómenos y sus atributos principales, simplemente: ciudades de equis extensión; tales recursos naturales en tal cantidad y lugar; estas industrias con esta producción; un pueblo que va a la guerra contra otro pueblo, etc., etc.? No, no alcanza. Los fenómenos no parecen decirles, a nuestros autores, nada de sí mismos, ni qué relación tienen entre ellos, ni cómo surgen y evolucionan. Lo que hacen, entonces, es representárselos en la cabeza con los atributos que consideran más relevantes y, observando esos fenómenos como aparecen, elaboran hipótesis sobre sus relaciones. Si los hechos confirman reiteradamente las suposiciones, ya tienen una ley de comportamiento. Con un cuerpo de leyes en un campo particular de la realidad, construyen una teoría, un marco conceptual, desde el cual mirar los fenómenos que interesan. Si además pueden compaginar teorías de diversos ámbitos, contarán con una visión del mundo, con la cual la comprensión de la realidad es mucho mayor. Eso sí, cuando los hechos contradigan la ley, la teoría y la misma concepción del mundo, habrán de empezar de nuevo. Ese día volverán a observar mejor esos fenómenos, tal vez incluyan algunos no considerados hasta ese momento, y construirán otras leyes y teorías, asignándoles nuevas relaciones a través de flamantes hipótesis que deberán pasar la prueba de fuego de la realidad.

Hasta este punto llega, en su camino, nuestro autor nº2, consecuente con lo que le enseñaron. Frente a "la crisis de los paradigmas de política y análisis económico", que ya no interpretan una realidad que ha cambiado, llama a construir uno nuevo. No parece crearle mayores problemas no saber lo que tiene adelante. No conoce cuando elabora la teoría, dado que debe esperar a que la realidad se la confirme o se la invalide; pero tampoco tiene un conocimiento real durante el feliz tiempo en que los hechos parecen convalidar la teoría, ya que los hechos se comportan de esa manera hasta... que dejan de hacerlo!

La "crisis de los paradigmas", a la que es tan afecto nuestro autor nº2, ha llegado hace tiempo a los "paradigmas" del conocimiento. Esto lo sabe nuestro autor nº1, y nos lo dice así: "...es un hecho reconocido que las ciencias sociales no disponen de teorías que permitan aprehender la complejidad del funcionamiento de un sistema nacional en su conjunto. Por el contrario, la situación actual de las teorías sociales muestra

⁷. Fondo de Cultura Económica. México, 1980.

que ellas se componen de propuestas de un alto contenido ideológico y que, en lo esencial, sólo constituyen aportes de carácter fragmentario, puesto que están referidas a partes o dimensiones (económica, social, política, etc.) del sistema. Por consiguiente, cada vez que un agente social escoge una determinada conexión causal como fundamento para sus decisiones y acciones, de hecho está haciendo una selección en función de sus condicionamientos ideológicos y solamente está pudiendo escoger explicaciones parciales o fragmentarias"[133;2].

¿Cómo seguir, entonces? El sabe que otros han pasado por ese trance y han buscado una salida honorable; como el citado Hebert Simon "en sus estudios sobre los comportamientos de las organizaciones", e interpretado en este caso para nuestro autor n°1 por O'Donnell⁸ de la siguiente manera: "...el ser humano está sujeto a agudas limitaciones cognoscitivas, relacionadas con sus propias carencias y con la multidimensionalidad del mundo social. Esto determina que la suya sea una "racionalidad acotada"; esto es, no puede realmente buscar ni hallar soluciones óptimas... Como consecuencia, el método típico de toma de decisiones es por medio de prueba y errores, basado en el hallazgo de soluciones subóptimas (simplemente 'satisfactorias') que presuponen una rudimentaria teoría de las conexiones causales que rigen los problemas que se busca resolver"[134;1]. Nuestro autor n°1 concluye con sus propias deducciones: "En definitiva, por grande que sea la coherencia de las decisiones adoptadas, por mejor coordinadas que estén las acciones desencadenadas, por más amplia que sea la capacidad de gobernar y por mucha que sea la compenetración y aceptación de lo que se quiere hacer por parte de la burocracia del estado, si las conexiones causales escogidas no son compatibles (de hecho nunca lo serán plenamente) con la dinámica real de transformación de los sistemas sociales, los resultados que se obtendrán jamás podrán aproximarse a los buscados"[134;2].

No obstante esto que afirma, no se inhibe de aconsejarnos sobre "la forma apropiada -y hasta cierto punto, probada- de encarar los problemas"[136;2] de la planificación. ¿Con lo de "probada", querrá decirnos que en esa "forma apropiada" de planificación está probado que "los resultados que se obtendrán jamás podrán aproximarse a los buscados"?

Nuestro autor n°3 también sabe de la "crisis" de los paradigmas, y tampoco se intimida ante ella: "El tecnopolítico es un hombre que aspira a una metaciencia social y, mientras ella no exista, no se siente obligado a permanecer ciego y preso en las fronteras de una ciencia parcial. Simplemente es un cientista social con sentido práctico, desanimado de la esterilidad de teorizar sobre otras teorías y estimulado para teorizar sobre la realidad en que vive, obsesionado por crear métodos y técnicas al servicio del hombre de acción, irrespetuoso de la ciencia oficial, humilde ante la complejidad de los hechos, pero atento al desarrollo en la frontera de las ciencias y de las ciencias en sus fronteras particulares"[165;1].

No quedan dudas que el tecnopolítico que aspira nuestro autor n°3 a construir -que no dispone de una "metaciencia social" y descrea de las ciencias parciales- no debe saber con qué "teorizar sobre la realidad en que vive". Entonces, lo único que va a hacer valer es su sentido práctico e igualmente va a permanecer ciego y preso, ya no de las ciencias fragmentadas sino de su redomado empirismo.

Para nuestros autores, la pregunta acerca del por qué de la realidad que tienen adelante, no les merece mayor interés. Su forma de conocer no los obliga a ese interrogante. Para nuestro autor n°1 no hay respuesta posible al mismo; para el n°2 no hay tal problema y para el n°3 lo principal es el sentido práctico.

e) El escepticismo de nuestros autores.

El escepticismo respecto a la posibilidad de conocer la realidad, que cunde entre nuestros autores n°1 y n°3 (el n°2 es una excepción, ya que a cada problema le encuentra enseguida los *lineamientos de solución*), es bastante generalizado en el ambiente. En un reciente artículo Claudio Bagú nos decía que "la debilidad demostrada por la planificación en América Latina no tiene tanto su referente en aspectos exteriores...sino

⁸. O'Donnell, Guillermo. *Apuntes para una teoría del estado*. Revista Mexicana de Sociología, México, octubre-diciembre, 1978, pág.1176.

en la fragilidad de las teorías económicas en las que se apoya", para terminar afirmando: "las perspectivas de superar el estancamiento en la teoría económica parecen estar más cercanas por la vía práctica de la planificación, aún con sus carencias actuales y sus costos inevitables, que por el camino más saludable de las discusiones académicas de tipo ritual".⁹

Pero hablemos de algunas de las quejas de estos escépticos. Por un lado están las que tienen que ver con aquello que se quiere conocer, el denominado "objeto de conocimiento". Por ejemplo, el de la complejidad de los hechos, vivida como elevada y creciente. Al respecto podríamos decir que ésta no es una nueva característica de la realidad. Es que la complejidad a la que se alude no es diferente a aquélla que, para no ir mucho más lejos, en los últimos cinco siglos han enfrentado los que dieron formación a las actuales ciencias. Es simplemente una característica del problema a resolver. Por eso, tanto la "complejidad del funcionamiento de un sistema nacional en su conjunto", en palabras de nuestro autor nº1, como la "humildad ante la complejidad de los hechos" de nuestro autor nº3 (a nuestro autor nº2 no hay complejidad que le impida encontrar los *lineamientos de solución*), e incluso la "multidimensionalidad del mundo social" de los citados Simon-O'Donnell, carecen de contenido si de lo que se trata es de conocer. Eso sí, el argumento de la complejidad puede ser muy bien utilizado para justificar la ignorancia. Y lo mismo vale para la queja de los escépticos respecto de lo cambiante de la realidad.

Hay, sin embargo, una desazón más importante -las dos anteriores, en realidad, apuntan a ésta: ¿hay efectivamente un "orden" en las cosas que queremos conocer? Las ciencias, que se constituyeron en base a una respuesta afirmativa y concluyente de ese interrogante, están cuestionadas, desde este punto de vista, en su fundamento. Las denominadas "duras" mantienen cierta aureola: todos los días nos muestran resultados para un mayor dominio de la naturaleza, pero fundamentalmente aparecen trabajando con "objetos" inanimados, sin conciencia. Por el contrario, las ciencias sociales tienen por "objeto" el hecho maldito del ser humano mismo. Mientras que a la Luna, al átomo de oxígeno y hasta posiblemente a la célula viva, puede aceptársele que se subordinen a algún orden "natural", esto es inadmisibile para hombres y mujeres. Si como dice Alfredo Costa-Filho "los procesos sociales evolucionan con un componente de inercia que reproduce tendencias del pasado y otro componente de azar, que incluye la adaptabilidad y la creatividad del hombre"[15], ¿qué se puede decir, entonces, de los procesos sociales? ¿para qué preguntarse por la razón de las cosas en las que la actividad humana está incluida?

Por otro lado, están los lamentos que tienen que ver con las características del que quiere conocer, el llamado "sujeto del conocimiento". Por ejemplo, cuando se hace mención a la desgraciada fragmentación de las ciencias (Aquí nuestro autor nº2 nos ofrece su *lineamiento de solución*: el enfoque multidisciplinario. ¿O veinte rengos no corren más rápido que una persona con piernas normales?). ¿En qué consiste esta parcialidad del conocimiento? Obviamente -frente al fenómeno que queremos conocer- en descomponerlo en sus partes (por ejemplo, la "dimensión social, económica, política", etc. dice nuestro autor nº1), y luego tener ese resultado: sus partes. ¿Y el "todo"?, se preguntan inmediatamente. En una época se utilizaba la frase: el todo no es la suma de las partes. Hoy día ha perdido consenso ya que, en todo caso, nos dice lo que no es. Con lo que, no sólo se ha perdido el famoso "todo" sino, además, se ha creado un nuevo problema: ¿qué relación hay entre cada una de las partes? Por otro lado, no falta quien sostenga que hay que considerar más dimensiones que las que se tienen en cuenta. Eso sí, recomendando siempre la importancia de una mirada "integral" de los hechos. Y nosotros nos preguntamos: ¿para qué sirve ese camino de descomponer la realidad en "dimensiones" si ya sabemos adónde nos lleva?

Pero nuestros autores, y el ambiente científico en general, a pesar de reconocer esa contradicción insisten en ese tipo de análisis. Los ejemplos son extenuantes. Desde la remanida frase de lo "económico y social" -que, recordando a un catedrático, es como decir que vamos a hablar de los perros y los mamíferos- hasta la recorrida por las distintas "dimensiones" de la ciencia social buscando una disciplina responsable de

⁹. "Medio siglo de planificación del desarrollo en América Latina; notas para un balance" Revista Interamericana de Planificación, vol 32, nº 86. México, 1989, pp.19-20.

los hechos. En este caso, vale recordar una entrevista televisiva de tipo ping-pong, en una etapa preelectoral, en la que el periodista preguntaba a un líder político y supuesto experto en "economía": ¿Cuál es el principal problema del país?: "La inflación", responde suelto de cuerpo. ¿Por qué hay inflación?: "Porque hay déficit fiscal". ¿Y por qué hay déficit fiscal?: "Porque el Estado gasta más de lo que recauda" (Hasta acá las respuestas eran "económicas"; pero el periodista, que ahora sabía cual era el principal problema de su país y quería, entonces, conocer por qué debían padecerlo, insiste:) ¿Por qué el Estado gasta más de lo que recauda? "Porque la dirigencia, a la inversa de lo que pasa en los países desarrollados, no sabe decirle no a la gente". Y aquí termina el flash televisivo. Si alguien hubiese querido conocer por qué la dirigencia no sabía -hecho hasta acá presentado como la razón de la existencia del principal problema del país-, el economista podría haber respondido, cada vez más suelto de cuerpo, que ese no era tema de su profesión, que le correspondía a la ciencia política, o quizás a la psicología social, responder la pregunta.

Lo mismo le pasa a nuestro autor nº3, que nos decía, hace algunos años: "*Cuando un economista empieza a desmenuzar y disectar la teoría de la planificación económica termina en la ciencia política. Esto es casi inevitable, salvo para aquéllos que se equilibran en la superficie de las cosas*".¹⁰ Y nosotros le preguntamos, a riesgo de equilibrarnos en la superficie de las cosas, ¿cuando un científico político empieza a desmenuzar y disectar la teoría de la acción, dónde termina? Según el artículo que expusimos de nuestro autor nº3, termina en la "*conciencia*". ¿Y si la desmenuzamos y la disectamos?

A su vez, nuestro autor nº2 busca el nuevo paradigma económico, afirmando, no obstante, que "*ya no es posible desarrollar modelos económicos en que los factores sociales, culturales e ideológicos son considerados datos exógenos*"[57;2]. La ensalada conceptual es mayúscula. ¿Un modelo "económico" con datos "sociales endógenos", sigue siendo un modelo "económico"?; lo "económico", ¿no es "social"? ¿Es "natural"? Y aquí se agrega el problema de la delimitación de las partes en las que se ha pretendido dividir el fenómeno que interesa. En realidad, no sólo resulta imposible precisar qué relaciones hay entre esas "*dimensiones*" sino que tampoco se puede indicar cuándo termina una y empieza la otra (Esta ensalada continúa cuando se quiere establecer la divisoria de aguas entre lo social y lo natural, entre lo genético y lo adquirido, entre lo psíquico y lo somático, entre lo espacial y lo económico, etc.).

Pero cuando se trata de las "*limitaciones cognoscitivas del ser humano*", este fragmentar las ciencias es apenas un argumento entre otros. Está también el relativo a la impronta ideológica de los "sujetos". Sin embargo, es evidente que -si lo que se quiere marcar es la distinción entre un conocimiento ideológico y uno "objetivo"- para afirmar que lo que hacemos es uno u otro, debiéramos primero conocer. Hecho que es negado -¿con qué argumento, entonces?- por ser desde el vamos...ideológico! En esta misma línea se habla de la "subjetividad" ineludible del que quiere conocer. Además de ser válido lo dicho anteriormente, en las ciencias sociales se insiste en encontrar una traba en que el ser humano sea "objeto" y "sujeto" del conocimiento. Como si no fuera esa misma "subjetividad", propia de la humanidad, con la que se cuenta para conocer.

Los planificadores ya no se preguntan por el por qué de la realidad que tienen adelante. Si lo hacen, como ya vimos, es para remitirse de un fenómeno a otro, sin encontrar la razón de ser de ninguno. Se llega al mismo resultado cuando los fenómenos de la secuencia son de "*dimensiones*" diferentes, y cada ciencia parcial le pasa el problema a las otras. Y también si se sostiene -típico de los historiadores- que lo que tenemos hoy es por aquéllo que teníamos ayer. Ya que habrá que dar cuenta de por qué era así ayer, y luego por qué anteayer, etc., etc. Las teorías que de esta manera construyen -reafirmación de que no conocen- sólo les sirven para hipotetizar sobre lo que pasa. Porque finalmente, si la realidad es tan compleja, tan cambiante, incluso azarosa, y si además el "sujeto" es subjetivo, marcado por una ideología, ¿cómo pretender que se conozca?

Es que la representación de la realidad -elevada a pieza central de la ciencia- sólo conoce los fenómenos concretos por sus manifestaciones inmediatas y busca la causa de ellos en sus relaciones externas.

¹⁰. *Planificación de situaciones*. op.cit. pág. 15

Al no encontrar otro contenido que su propia forma, no puede ir más allá de la descripción de las maneras en que aparece el concreto que intenta explicar; es un conocimiento aparente.¹¹ De ahí que la "crítica", para este tipo de conocimiento, consista en debatir acerca de si esos son los fenómenos que hay que considerar y si las relaciones que les adjudican son las más pertinentes.

Pero frente a este panorama, nadie se ahorra de proponer acciones concretas. A la hora de decir qué hay que hacer ya nadie se acuerda que las hipótesis duran tan poco. Quizás valga la pena dos últimos ejemplos de esta inconsistencia.

En el artículo "Notas en torno a un modelo alternativo de planificación regional"¹², Alejandro Roffman señala las desigualdades regionales e hipotetiza que en sistemas sociales como el nuestro los agentes económicos alcanzan distintas tasas medias de ganancia. Después de enumerar las "causas" en que se fundamenta, nos dice: *"bajo las actuales condiciones de desenvolvimiento del sistema económico-social, las desigualdades regionales, a las que le hemos reconocido orígenes de carácter estructural, podrán reducirse solamente si las estrategias de planificación posibilitan a los diversos agentes sociales que operan en una región con signos de evidente atraso, un incremento en su posición relativa de poder y en su capacidad de acumulación"*. El "diagnóstico" de Roffman es tan abierto, a pesar de las estructuras que reconoce, que le permite proponer esas soluciones. Sin embargo, ¿por qué habría estrategias de planificación que posibiliten eso?, ¿por qué no se dieron ya?, ¿por qué habrían de darse ahora?., ¿por qué aceptarían, los que tienen mayor poder de negociación, resignarlo a otros?. ¿Porque lo descubrió el autor?, ¿porque habría un poder político que escapa a las estructuras? Como se ve, planteado de esta manera -aparentes respuestas que no han sido ellas mismas contestadas- siempre hay posibilidades de proponer algo, aún cuando uno no sepa nunca de qué depende que se concrete.

Un segundo ejemplo es el artículo de Adolfo Gurrieri "Vigencia del estado planificador en la actual crisis",¹³ en el que reseña la concepción del estado de la CEPAL y a la que le hace objeciones. Para afirmar: *"Si el estado es a la vez objeto y sujeto de la estrategia del desarrollo y, si en consecuencia, la construcción del estado constituye uno de los principales objetivos de la misma, es imprescindible definir el tipo de estado que se considera deseable y la amplitud y profundidad de la intervención del mismo en la economía y la sociedad"*[211;1]. El "diagnóstico" de Gurrieri es una abstracción tan absoluta que le permite proponer el estado que a él le gusta. Pero, ¿por qué existe el que tenemos hoy?, ¿hay alguna razón por la cuál dejaría de ser así?, ¿hay alguna razón por la que sería del paladar de Gurrieri? De buenas intenciones está empedrado el camino al desatino.

Nuestro autores, y el pensamiento científico en general, han desarrollado una forma de conocimiento que reconoce sus propios vacíos. Ahora bien, en tanto lo que se quiere lograr -con los medios con que se cuenta- se consigue, no parece preocupante esa circunstancia. Pero cuando de lo que se trata es de cosechar fracaso tras fracaso, no tiene futuro esconder la cabeza ni insistir en lo que se hace. Los fracasos, como los éxitos, tienen su razón de existir. Mientras no demos cuenta de ellos no habrá una acción con conocimiento de causa. Y esto no tiene nada que ver, ya en el terreno de los planificadores, con la simple idea de que si hacemos un buen "diagnóstico" podremos elaborar políticas eficaces. Tampoco con que si contestamos el por qué de la crisis de la planificación advertiremos cómo superarla. Recién una vez conocido lo que tenemos adelante sabremos de las acciones que encierra. Es el mismo "diagnóstico" el que nos hablará del propio curso de las cosas.

Hasta ahora se han querido encontrar los problemas de la planificación en sociedades capitalistas, en sus propias deficiencias (que era un plan-libro, que olvidaba los proyectos, que no era integral, que no tenía financiación definida, que le faltaba apoyo político, etc.). Pero es evidente que la planificación que tenemos

¹¹. Ver: "El conocimiento dialéctico; o sea, la regulación de la acción bajo la forma de reproducción de la propia necesidad por el pensamiento" Juan B. Iñigo Carrera. Buenos Aires, setiembre de 1990 (mimeografiado).

¹². Revista Interamericana de Planificación, vol.16, n°62. México, junio de 1982, pp. 9 - 26.

¹³. Revista de la CEPAL op.cit.

no es resultado de sí misma sino que es una de las tantas formas en que el proceso social existe. Cuanto menos, entonces, es en ese proceso social en el que encontraremos la razón de la planificación, de los reflexionadores, de las propuestas en danza y hasta de este mismo artículo y de sus lectores.

II. Los críticos a la planificación en sociedades capitalistas.

a) Los argumentos radicales.

La idea de que la planificación en esas sociedades siempre cumple un papel reproductor y conservador del sistema -y que el estado es el salvaguarda de su existencia-, cuando lo que se necesita son poderosas transformaciones para superar los problemas sociales, ha llevado a los censores de «izquierda» a plantearse que de nada vale buscar en esa actividad los cambios sustanciales. Para ellos cabe principalmente la acción política.

Pero con esto se han trasladado de la práctica planificadora a la práctica política directa con los mismos interrogantes sin responder. Así como no dan cuenta de por qué se planifica o no, tampoco lo hacen de por qué se transforman o no los sistemas sociales. El viejo y vulgar determinismo de la primera mitad de este siglo dejó paso a la "relativa autonomía" de la acción política (¿autonomía respecto de qué? ¿de la estructura económica? ¿una vez más las trilladas "*dimensiones*"?). Se los escucha argumentar: el cambio de estructuras depende de que la clase sojuzgada venza a la que está en el poder. ¿Y de qué depende que lo haga?: entre otras cosas, del nivel de la conciencia de clase. ¿Y de qué depende ese nivel?: entre otras cosas, de la existencia del partido revolucionario. ¿Y de qué depende su existencia? Y así sucesivamente, nos llevan también de Herodes a Pilatos. Cuando no se enredan con el argumento de que la "estructura" y la "superestructura" se relacionan "dialécticamente"(!?), sosteniendo de esta manera una igual indeterminación. Además, hijos del pensamiento científico actual, sostienen la necesidad de la teoría -que la práctica validará, o no- y, por lo tanto, confirman su propio desconocimiento. No en vano, ellos también están a la búsqueda de un nuevo "paradigma".¹⁴

b) El raciocinio liberal.

La idea de que existen "fuerzas" de mercado que asignan eficazmente los recursos y que, por lo tanto, no tiene sentido maniatarlas con pretendidas planificaciones, es el santoral del liberalismo económico en auge. Aferrados a los preceptos, si se ahonda un poco en ellos se verá que se sostienen en la "racionalidad" del ser humano -¿o la economía no es, al fin, una teoría sobre el comportamiento humano?-, por lo demás insondable. La misma, a su vez, que encadena aquí y allá la sacrosanta "fuerza" de mercado. ¿Cómo soportar que esa misma "racionalidad" deje de serlo y de pronto se convierta en una antirracionalidad, al punto de anular a la santísima "fuerza"? Ellos no tienen explicación alguna que vaya más allá de los malos y los buenos. En realidad, a los vicios señalados para las otras corrientes del pensamiento, éstos agregan un respetuoso culto explícito a la ignorancia.

III. Conclusiones acerca de las reflexiones sobre la "crisis de la planificación"

¹⁴. Hasta no hace mucho el althusserismo, la lógica de contenidos, la izquierda lacaniana, la epistemología genética, etc., o, como novedad de los últimos años, el marxismo analítico.

Las reflexiones sobre la "crisis de la planificación" muestran la crisis del conocimiento científico en general. Mire por donde se los mire, nuestros autores, los censores de «izquierda» y los adoradores de la "fuerza", como el pensamiento científico en general, que antes afirmaban que sí conocían, ahora proclaman su escepticismo en la posibilidad de conocer. Los Popper, Khun, Feyerabend "e tutti quanti", supuestos especialistas en el tema, los han aliviado al fundamentar -sin poder ellos, obviamente, conocer- que es así. Los planificadores pueden sentirse tranquilos. Lo que no pueden, en todo caso, es aparecer como si nada pasara y que no se les note.

Nuestros autores son prototipos de tres formas de responder a este escepticismo. Nuestro autor n°1, que explicita que no sabemos pero nos dice que hay que arreglárselas de alguna manera ("*racionalidad acotada*", búsqueda de experiencias "*probadas*", etc.) y nos aconseja actuar a tuestas. Nuestro autor n°2, para el que todo consiste en recomendar *lineamientos de solución* frente a cada problema, ocultando el desconocimiento. Y nuestro autor n°3, de vuelta de toda experiencia de búsqueda, que reivindica el sentido práctico. Los tres, a su vez, apelan a cambiar las ideas y la teorías existentes para alcanzar resultados. A ellos les caben las palabras de un viejo pensador: "*Un hombre listo dio una vez en pensar que los hombres se hundían en el agua y se ahogaban simplemente porque se dejaban llevar de la idea de la gravedad. Tan pronto como se quitasen esta idea de la cabeza, considerándola por ejemplo como una idea nacida de la superstición, como una idea religiosa, quedarían sustraídos al peligro de ahogarse. Ese hombre se pasó la vida luchando contra la ilusión de la gravedad, de cuyas nocivas consecuencias le aportaban nuevas y abundantes pruebas todas las estadísticas. Este hombre listo era el prototipo de los nuevos filósofos...*".¹⁵ De la postmodernidad, agregamos nosotros.

Tal como se ha visto, al considerar el debate sobre la crisis de la planificación, lo que nos preocupó fue mostrar en qué se asientan, sobre qué bases se construyen las aparentes reflexiones alternativas. Cómo utilizan una forma de conocimiento que termina convirtiéndolo en vano y trivial, y los lleva a elaborar propuestas vacías de todo contenido. Con esto no hemos ni empezado a agotar el tema, y creemos haber renovado -para los que se plantean actuar con conocimiento de causa frente a esa realidad particular- el interés y la necesidad de preguntarse por el «por qué» de la planificación existente, incluso el «por qué» de esa discusión tal como se da hoy día.

Luis L. Denari

Buenos Aires, febrero de 1991.

¹⁵. *La ideología alemana*. Carlos Marx y Federico Engels. Ediciones Pueblos Unidos, Montevideo, Uruguay. 1968. pág. 12.